

Chilango

LA JEFA ES LA JEFA

LAS MAMÁS CHILANGAS
SE RIFAN

DESCÁRGALA EN VERSIÓN DIGITAL
App Store Google Play



7 503030 039383

\$47 MIN. VENTA EXCLUSIVA A MAYORES DE EDAD

LA JEFA ES LA JEFA

LAS MAMÁS CHILANGAS SE RIFAN

Por: **Andrea Fuentes**

Fotos: **Nuria Lagarde**

Coordinación: **Coco Mandujano**



En cada rincón de esta ciudad
hay mujeres que mantienen
su propia identidad y se niegan
a renunciar a sí mismas.

Ellas le dieron la vuelta al sistema
en el que “la devoción y el respeto
son disfraz de su explotación”.

Ellas maternan y están a cargo.

La jefa es la jefa: la jefecita, la jechu, la que todo lo sabe y lo que no sabe, se lo inventa, la que todo lo resuelve, la que todo lo puede.

Es la máxima autoridad de la flotilla que comanda, sobre todo por su sabida e inmensa experiencia, la jefa, graduada en la escuela de la vida y cuya adscripción se ha ganado a pulso y no por designación de ninguna institución o sistema.

La jefa es la jefa.

La jefa se hace cargo.

Es la que día con día sale victoriosa en las múltiples y pequeñas batallas que la práctica materna le pone enfrente.

La jefa se rifa. Utiliza habilidades desconocidas para sí misma, como heroína de película pero en la vida real, para salir al paso y orquestar un largo, intenso y constante despliegue de recursos para lograr que, cotidianamente, la cosa funcione: prepara el desayuno y la comida al mismo tiempo; logra llevar a su hija al médico y a su hijo a clase de danza sin dejar de pasar en el medio por la farmacia; aprende a hacer pan para que les hijes tengan qué comer de lunch; llega a tiempo, a pesar de que se quedó sin transporte y entrega el reporte que le pidieron

en la oficina; se mantiene despierta toda la madrugada esperando a que a la nena le baje la fiebre; va pensando la lista del mercado mientras va en el pesero; le organiza al chamaco la fiesta con tres, cinco o veinte amigos para celebrarle, pero especialmente para que se sienta querido, festejado; hace una máscara como bien puede para que la conferencia de los dinosaurios sea un éxito; ijunta pares de calcetines!; encuentra los tupper necesarios y hasta sus tapas para guardar la comida; consigue alguien que le cuide a les niñes para poder ir a la junta de la escuela; reúne el dinero suficiente para el viaje; se avienta doble jornada en la cimbra, hace la limpieza ajena y la de su casa; tiene la ropa limpia, la comida caliente, ayuda a hacer la tarea. Y eso es lo práctico. Porque más complejo aún, la jefa “educa”: establece límites, está al pendiente de las emociones de sus hijes, les cobija, les abraza, les pregunta cuáles son sus sueños, si se sienten bien en la escuela; la jefa construye futuro, formas de organización, principios éticos; les explica la muerte, les habla del dolor, de la esperanza, de la posibilidad; ella escucha, ella entiende.

Página anterior: Sonia Tapia

Jefa de agricultura en Arca Tierra.
39 años. Mamá de Amaia (8).

Ser mamá no ha sido sencillo, a veces tienes que sacrificar muchas cosas. Cuando tu hija te dice: ‘no quiero que vayas a trabajar, es que casi no estás, solo te veo en la noche’, eso te parte el corazón. El trabajo en el que estoy llena ese otro vacío. Es parte de lo que tienes que hacer porque tienes que llevar alimentos a casa. Luego dices ‘bueno, lo entenderá cuando sea mamá’.



Martha Sabanero

Estilista en el Salon Chokolat Beate.
42 años. Mamá de Regina (19)
y Renata (16).

La maternidad es un sueño porque por la edad que tienen mis hijas, es convivir, echar relajo, tener confianza. La maternidad es ser amiga de tus hijas, ejemplo e impulso para ellas. Ser la jefa es una responsabilidad muy grande, pero placentera, porque veo a mis hijas realizadas y buscando lo mejor para ellas.

María Alejandra Curiel

Propietaria de La Engordación,
expendio de dulces típicos mexicanos.
69 años. Mamá de Gamaliel (29),
Ariadna Ximena (43) y Gabriel (finado).

*Para mí la maternidad es lo más
maravilloso que nos puede suceder a las
mujeres. Es una bendición. Y como dicen
ahora: mis bendiciones son tres.*



La jefa adquiere conocimientos filosóficos, médicos, psicológicos, de coordinación de eventos, de administración, de relaciones públicas, de entretenimiento, de paciencia absoluta, y es mediadora de lectura, profesora, gimnasta y chofer; desarrolla habilidades de cocinera (porque no, ojo, *no* está en su ADN saber hacer sopa ni arroz), de peluquera y estilista, por mencionar solo algunos.

¿Quién no recuerda aquel video, “el trabajo más difícil del mundo”, donde mujeres y hombres se entrevistan para un puesto de trabajo y a quienes se les va diciendo la larga lista de requisitos: estar parado todo el tiempo sin descanso; tener habilidades de negociación y de relaciones interpersonales; tener un grado en medicina, finanzas y artes culinarias; poderse quedar toda la noche despiertos si el socio lo necesita; trabajar en un ambiente caótico; no tener vacaciones de ningún tipo; tener disponibilidad de 365 días al año y, para finalizar, sin sueldo, completamente gratis. Mientras la cara de las y los entrevistados se va transformando, poco a poco comienzan a manifestar que eso es cruel e inhumano hasta que se les dice que hay alguien que lo hace: las madres.

Más todavía, la jefa hoy día insiste también en mantener su identidad personal a reserva de su ser madre, rebelarse ante la idea de renunciar a sí misma, porque sabe que eso es también un aprendizaje para los que vienen detrás. Porque sólo así logrará cambiar el sistema donde toda la devoción y respeto es disfraz de su explotación.





María de los Ángeles González
 Florista en Florería La Industrial
 51 años. Mamá adoptiva
 de Luis Fernando (19)

Ser mamá adoptiva es un reto, tienes que darle todo: cariño, amor, lo mejor. Y si son hijos de tus hermanas, igual es una responsabilidad porque hay que cuidarlos mejor que los papás, porque es algo que no es tuyo. Es una piedra preciosa, un tesoro.



Y triunfa. La jefa triunfa veinte veces al día: cuando logra que sus hijos coman toda su comida, cuando los ve felices y entregados pintando; cuando los mira ayudar y apoyar y entender a sus amigos, cuando logra no darle el chocolate que le piden a las 10 de la noche, cuando tiene una mañana tranquila, cuando logra que identifiquen y expresen sus emociones, cuando las hermanas no se pelean; cuando amamanta mientras vende dulces; cuando les hijos ríen: todo parece haber valido la pena.

La jefa la hace de chile, de mole y de pozole: nos cuida.

Pero ¿qué significa cuidar?

Hablar de la jefa implica hablar también de las condiciones en las que es jefa, es decir, en las cuales materna.

Admiramos la capacidad malabarista con que mantiene siempre varios bolos a la vez en el aire, es decir, su capacidad de la multitarea: la pensamos como un atributo. Pero mucho ojo: no es más que un entrenamiento social al que las madres son sometidas para servir a un sistema, el patriarcado. Porque se les reconoce, pero a la par que se les exige. Y, para colmo, no se les retribuye. Pareciera que con el devoto amor a la madre basta como pago.

La jefa entonces debe ser repensada como la jefa.

Comisaria Graciela Mancilla

Coordinadora de Supervisión y Evaluación Operativa de la Policía Bancaria.
 34 años. Mamá de una adolescente de 16 y un niño de 9.

Pensar en casarme, nunca. Circunstancias, experiencias, algunas cosas me obligaron a tener muy claro nunca dejar de trabajar. Es difícil porque tengo que dejar de ver a mis hijxs, pero me he fortalecido porque sé que no tengo de otra.



Alicia Pacheco
Zapatera en Zapatería El Reformatorio.
77 años. No es mamá biológica,
pero ha criado a sus sobrinxs.

Yo soy tía. Ayudé a mi hermana mayor que tuvo ocho hijos. En esa época todo era muy familiar. Tenemos una relación muy bonita y me siento satisfecha de haber contribuido al desarrollo de una familia muy grande. Contribuimos en su maternidad y compartimos una felicidad increíble. Lo que más he disfrutado es estar cerca de mi familia.



Página derecha:

Wendy Castillo, la Güera

Albañila, ayudante en general.
45 años. Mamá de Michelle (18)
y Fernando (20).

Uno de mis muchachos está en la obra trabajando aquí conmigo. Ya no vivimos con su papá, nos fue muy mal. Decidí salir adelante con él. A mi hija, me la quitaron. Sinceramente, yo descuidé a mi hijo y cayó en las drogas. Ahora estamos saliendo adelante. Hablé con el arquitecto para que le diera trabajo. Ahora está aquí y me siento bien, porque se ha alejado de las drogas.

"La jefa hoy día insiste en mantener su identidad personal a reserva de su ser madre, rebelarse ante la idea de renunciar a sí misma, porque sabe que eso es también un aprendizaje para los que vienen detrás".







Página izquierda: Nat Handpoke

Tatuadora.
28 años. Mamá de Emily (6).

No estaba en mis planes, yo andaba en la fiesta. Fue complicado porque yo tenía otro estilo de vida y que luego te hagas cargo 100% de alguien, es un cambio difícil. Pero nunca dije que no la quería. Para mí, ser mamá es algo que disfruto mucho, mi hija es como mi maestra, aprendo mucho de ella. Ver cómo se desenvuelve, cómo actúa, las cosas que percibe y lo que dice, es algo muy bonito.



Yolanda Bustamante

Sastre en sastrería La Morena
50 años. Mamá de Santiago (21)
e Ingrid (12).

Mi maternidad ha sido muy bonita, sobre todo con la niña. Con el niño fue una etapa bonita, pero con mi hija ha sido maravilloso. Ella es lo mejor para mí. Ella me sacó adelante. Qué puedo decir (que no esté el niño porque si no me va a colgar).



Valeria Gallo

Narradora gráfica.
48 años. Mamá de Patricio (17).

Yo no me imagino mi vida sin Patricio. Entre él y yo hay un hilo invisible que cuando se va de viaje, cuando está con la novia, cuando está lejos, ese hilo se alarga, se estira y a veces duele. La adolescencia es ir soltando ese hilo.

Montones de adjetivos se despliegan sobre ella: la jefa es “buena” o “mala”, “culpable”, “luchona”. Es la responsable, para bien y para mal, de todo asunto y, más aún, es juzgada en un comité público por cómo hace lo que hace: que si sale de fiesta, que si se viste de tal o cual manera, que si no le pone atención al niño o es demasiada atención a la niña. En esa marejada de juicios negativos y positivos que operan como falsa oposición, se pierde algo esencial: la compleja condición política que implica materner, por una parte, y el hecho de ser identidad más allá de ser madre.

Cuidar implica una estructura social y económica—lo dijo Silvia Federici—, de la cual durante mucho tiempo el sistema se ha aprovechado para explotar a las mujeres con base en una idea de lo que es la “maternidad”.

Quizá por eso es momento de entender que tenemos que hablar de la jefa como parte de las políticas del cuidado y hacer efectivo el reconocimiento del cuidado como un derecho: derecho a ser cuidado, a cuidar y a cuidarse.





"La jefa adquiere conocimientos filosóficos, médicos, psicológicos, de coordinación de eventos, de administración, de relaciones públicas, de entretenimiento, de paciencia absoluta, y es mediadora de lectura, profesora, gimnasta y chofer".



Jazmín Barriga

Comerciante de fresas en su carrito ¡Qué bárbaro!
28 años. Mamá de Regina (5).

Lo que más aprecio de ser mamá es el cariño que me da mi hija.

Entonces: la jefa necesita, a su vez, cuidados. La jefa no necesita que se le considere la mujer maravilla, sino que se le trate como un ser humano con necesidades y posibilidades, con toda la capacidad de cometer errores y aciertos, alguien que su quehacer consume. Necesita que se le retribuya económicamente el trabajo que desempeña, considerándolo un valor, sumándolo como aporte monetario en las cuentas de casa. Es muy sencillo: si tuviéramos que comprar comida diaria o contratar un cocinero, ¿cuánto pagaríamos? Hay que anotarlos.

Si tuviéramos que conseguir alguien que cuide a las niñas y a los niños, ¿cuánto (sin explotarle), le pagaríamos?

Hay que anotarlos. Una vez que tengamos todos los montos sumemos y pongámoslos en la contribución económica de la casa: quien lleva a cabo esos cuidados aporta el equivalente a esa determinada (alta) cantidad.

Pero los cuidados que necesita y lleva a cabo la jefa no sólo son personales: competen a la familia, se extienden a quienes conforman los núcleos o la comunidad a la que pertenece. Corresponden también a un sistema de políticas públicas, al Estado, y por ello es esencial promover políticas de cuidados centradas en ese derecho: apoyos económicos, redes de cuidado infantil, oportunidades laborales acordes con los horarios maternos.

Los cuidados deben conformarse como parte del imaginario social.

Maternar, por otra parte, no es exclusivo de la madre, sino de quien ejerce el verbo y materna. Por eso la jefa es también quien decide hacerse cargo y cuya lucha se amplía a formas extendidas de los cuidados: la tía doctora que cuida a los sobrinos, las mujeres sin hijos que cuidan a sus amigas, la abuela que cuida a sus nietas, las madres que buscan a sus hijos desaparecidos, las mujeres que se manifiestan contra la violencia obstétrica, las mujeres que cuestionan el mandato que se impone a las mujeres de su deber ser madre y defienden su derecho a elegir.

La jefa usa una camiseta diaria que dice: "a darle, que es mole de olla".

Y lucha.

La jefa no debe renunciar a su vida para ser la jefa.

La jefa busca otra manera de ser jefa, una en la que la jefa es todas las jefas, una multiplicidad de jefas, denominativo de lo común donde se cuida y se enuncia la palabra en medio de una tranquilidad inesperada: la de una maternidad libre y gozosa.



Socorro Venegas

Directora general de Publicaciones y Fomento Editorial UNAM.
50 años. Mamá de Marcelo (18).

Sí que estoy conociendo algunas de sus cualidades y aspectos de él que no necesariamente sabía. Ser su madre implica acompañarlo y conocerlo. Una de las varias razones para vivir es justo eso: quiero seguir conociendo a mi hijo.



Ellas

nos

cuidan

Por
Friné Salguero

Ilustraciones
Day Cuervo



Cuidar es un proceso que procura el bienestar físico, mental y emocional de la otra persona. Es una actividad que nunca se acaba y que casi siempre es precarizada o no remunerada. Esta es una deuda histórica que tenemos con nuestras cuidadoras.

Seguramente a ninguna persona le resultará raro y mucho menos preocupante que durante su infancia haya sido cuidada por una mujer. Sin importar que haya sido su madre, su abuela o alguna cuidadora contratada, en casi todos los casos fue una mujer.

Mucho menos se preguntarán si ellas decidieron cuidarles o no y cuáles fueron los costos de dedicar su vida a ello. ¿Sacrificaron un trabajo y con ello su autonomía económica? O, con la maternidad, ¿les tocó depender de otros que las proveían?, ¿decidieron por ellas mismas estar con sus parejas o estaban ahí por dependencia económica?, ¿pudieron participar en otros espacios para los que eran perfectamente capaces, como la política, el mercado,

la academia...?, ¿tuvieron tiempo de recuperarse de una gripe o alguna cirugía?

Y para aquellas que decidieron o tuvieron que trabajar, ¿pudieron elegir si hacerlo o no?, ¿contaron con políticas de corresponsabilidad para equilibrar su vida laboral y profesional?, ¿llegaron a tiempo para cuidar a sus seres queridos?, ¿contaron con servicios públicos para dejar a sus dependientes de cuidado en un lugar seguro, o vivieron con la culpa social de no haber estado lo suficiente?

No solemos hacernos estas preguntas —ni otras más— por la simple razón que, en sociedades como las nuestras, la división sexual del trabajo y los estereotipos de género están tan arraigados, que prevalece la falsa idea de que los cuidados de las personas





Hay una frase: “eso que llaman amor, es trabajo no pagado”. Claro que cuidar tiene una dimensión afectiva y que los seres humanos somos interdependientes, y que las mujeres, han encontrado formas de organizarse, no obstante, esto es insuficiente para revertir las desigualdades.

dependientes (infancias, adultxs mayores, personas con alguna discapacidad, personas enfermas) están mejor si son las familias quienes los proveen y, en las familias las mujeres, sobre todo. Como si naturalmente hubiéramos nacido con un *don* para cuidar, o estuviera inserto en nuestro ADN, y no porque hubiéramos desarrollado estas habilidades a costa de asumir estas tareas a lo largo de nuestro ciclo de vida. El mandato social de género hace que las mujeres aprendamos “naturalmente” a cuidar desde muy pequeñas.

35
millones de mamás
hay en México, según el
último censo del INEGI.

50%
de las mamás en CDMX
son económicamente
activas. De ellas,
el 63% son empleadas
u obreras.

2
hijxs en promedio
tienen las mamás
de México.

Si pensamos en los cuidados como el proceso de reconstrucción cotidiano, siempre inacabado del bienestar físico y emocional de las personas, nos daremos cuenta de que requieren de una dimensión física, mental y emocional para realizarlos e, inevitablemente, podemos concluir que los cuidados implican “trabajo”, la mayor parte del tiempo no remunerado, o bien, precarizado para aquellas mujeres que han decidido cuidar de otrxs como forma de sustento.

Este trabajo de cuidados que costean hoy en día las mujeres —y que se ha valorado hasta en un 23% del PIB (¿qué otra industria genera estos porcentajes?)— es lo que sostiene la vida y la economía del mundo. Pero ¿a qué costo? Si lo pensamos nuevamente, la desigual redistribución del trabajo de cuidados es uno de los factores clave y estructural de las desigualdades sociales y de género. Y sobreviven gracias una forma de organización social voraz que pone la vida de las personas al servicio del capital, pero nunca la vida misma al centro.

A lo largo de la historia se ha considerado que los cuidados son una tarea “natural e intrínseca” de las mujeres, privatizados en las cajas negras familiares y sin ningún tipo de valoración ni reconocimiento social, porque si nos es natural, entonces se concibe que no nos requiere de mayor esfuerzo. Y esta falsa creencia ha tenido repercusiones negativas en la forma en que se reconocen, se redistribuyen o se remuneran los trabajos de cuidados.

Sin embargo, estoy segura de que, si le preguntáramos a cualquier mujer que ha puesto su cuerpo, tiempo y carga emocional a disposición de una persona para cuidarla, como, por ejemplo, su primer bebé recién nacido, obtendríamos un sinfín de testimonios en los que estas actividades que son nuevas para ella, nada tienen de natural y requieren no solo de un esfuerzo, sino de un aprendizaje que se adquiere día a día o incluso de profesionalización en el tema. Incluso, algunas dirían que

es el trabajo más arduo que les ha tocado hacer y que el trabajo de oficina o cualquier otro, es un remanso de paz comparado con cuidar 24/7.

Sigamos con la idea de que esta nueva madre no tendrá acceso a algún servicio público que le provea información oportuna y asesoría para el cuidado de su recién nacido, ni un servicio de salud pública universal eficiente y suficiente para atender a su bebé; meses más tarde se enfrentará a un déficit de servicios públicos para la atención y cuidado de la primera infancia que le permita dejar a su bebé en alguna guardería o instancia infantil para insertarse en alguna actividad económica. En México solo el 3.1% de infantes de 0 a 6 años son cuidados en una guardería pública, el 1% en una guardería privada y un 13.7% son cuidados por sus abuelas (otra mujer).

Este déficit de servicios de atención a la primera infancia dificultará, por supuesto, su ingreso o reingreso al mundo laboral, porque de entrada ganará hasta 30% menos que sus contrapartes masculinos, un porcentaje que pesa a la hora de decidir en la pareja quien se queda en casa para resolver los cuidados de su bebé, ya sea de forma privada o con ayuda de amigos y familiares. Es por ello que en México, la tasa de participación económica de las mujeres desciende cuando tienen hijxs y aumenta conforme más hijxs tienen. Según datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) del INEGI, en 2021, el 51.4% de las madres son económicamente activas, es decir, están trabajando o buscando trabajo.

La tasa de participación laboral de las mujeres con hijxs varía según la edad de lxs niñxs, ya que la carga de trabajo no remunerado suele ser mayor en los primeros años de vida de lxs hijxs. Esto significa que quienes logran reinsertarse al trabajo remunerado o tendrán que invertir una buena parte de sus salarios en servicios privados de cuidado y para la mayoría, asumir dobles o triples jornadas de trabajo, además del que ya hacen en casa.



Necesitamos avanzar hacia una sociedad del cuidado, un modelo que no sacrifique la calidad de vida, deseos y anhelos de nadie. Una reorganización social que valore la importancia de cuidar y ser cuidado.

Ahora imaginemos a una mujer que al mismo tiempo que cuida a su bebé, lo hace con una madre adulta mayor que requiere cuidados, que sea madre de dos hijxs, o cuida a una persona con alguna discapacidad. En todos los casos, la infraestructura pública y la provisión de servicios de cuidados del Estado es deficitaria y está lejos de cumplir con el principio de universalidad (para todas las personas que lo necesiten), y de proximidad (que te quede cerca de tu lugar de residencia). De ahí que aumenten las responsabilidades de cuidados de estas mujeres, acrecentando la brecha de la desigualdad social, porque solo podrán acceder a servicios privados aquellas que puedan pagarlo, y de género

porque lo siguen asumiendo las mujeres. Ahora bien, si pensamos en quienes cuidan de manera remunerada, y con ello solventan los grandes déficits de servicios e infraestructura pública, veremos que por lo general son también mujeres: enfermeras, cuidadoras, trabajadoras del hogar, que tienen en mayor o menor medida trabajos de paga baja o sin derechos laborales. Muchas de ellas, son mujeres que dejan su lugar de origen y migran a las ciudades, lo hacen incluso teniendo que dejar a sus hijxs para cuidar de otros, y que al estar en la informalidad no son sujetas de ninguna prestación, derecho laboral, ni acceso a ser cuidadas. El trabajo de cuidados está feminizado en todas sus dimensiones.

Por supuesto que cuidar tiene una dimensión afectiva y que los seres humanos somos interdependientes, y que las mujeres, a falta de corresponsabilidad, han encontrado formas comunitarias y solidarias de organizarse, no obstante, siguen siendo insuficientes para revertir las desigualdades. Por ello, desde los feminismos seguiremos interpelando al Estado, al mercado y a la sociedad misma, ya que necesitamos generar nuevos pactos sociales y modelos económicos que verdaderamente pongan la vida y lo que importa en el centro. Avanzar hacia una sociedad del cuidado en la que todxs lxs actores que la componen asuman su parte. Un modelo de corresponsabilidad social que no sacrifique la calidad de vida, deseos y anhelos de ninguna persona, en la que los cuidados estén equitativamente redistribuidos. Una reorganización social que valore y reconozca la importancia de cuidar y ser cuidado, de redistribuir las cargas y de remunerar adecuadamente a quien lo hace para lograr su sustento.

Actualmente en México los cuidados son un derecho consagrado en la Constitución, sin embargo, sigue habiendo una gran deuda para avanzar hacia sistemas de cuidados que logren dar respuesta de manera eficiente y suficiente a las demandas sociales de cuidados y revertir estas desigualdades, garantizando este derecho para todas las personas.



**¿Sabes qué enfoque educativo sería ideal para tu peque?
Montessori, Constructivista, Waldorf, Bicultural...**



Contesta el Test de Compás sobre los intereses y forma de interactuar de tu peque y descúbrelo.

1. ¿Qué palabras aplican mejor para describir a mi hija/o?

- a) Actividad y poca quietud.
- b) Tranquilidad, silencio, reflexión.
- c) Curiosidad y motivación.
- d) Sociabilidad, extroversión y hacer amigos.



Escanea

y continúa con las siguientes preguntas de manera online

SUSCRÍBETE



¿QUIERES LLEVAR LA REVISTA EN TU
CEL O COMPUTADORA A DONDE ESTÉS?
SUSCRIPCIÓN DIGITAL: \$200.00 POR 12 MESES



LLÉVATE 15 REVISTAS PAGANDO SOLO 12
SUSCRIPCIÓN ANUAL: \$564.00



HTTPS://SUSCRIBETE.CHILANGO.COM



LOS JUEGOS DEL HAMBRE

PEDRO REYES

IG: @PITERPUNK

Mudanzas

Finalmente sucedió. Me mudé de la Roma después de siete años de pensar que era ahí mi hábitat natural. Sí. Me encanta su onda. Me encantan sus restaurantes, sus cafeterías y bares. Hay estilo —y hasta cierta calidez— de vida, genuinamente. Pero me llegó la adultez (al fin) y hubo que cambiar de rumbos. Mi familia creció y fue precisamente la zona familiar por antonomasia la que me recibió con los brazos abiertos. Ahora vivo en la Del Valle. Y, todo parece indicar, que me encanta.

Hace unas cuantas columnas en este espacio que tanto me gusta, hablé de la colonia Narvarte y de lo mucho que admiraba esa forma tan auténtica de buscar lo bueno y atesorarlo, de no dejarse deslumbrar por lo que ladra, pero no muerde. Bueno, pues a escasas semanas de habitar lo que hoy considero el nuevo centro de la ciudad (geográficamente, los cuatro puntos cardinales se miran de cerca), percibo una similitud en aquella virtud que celebro de la Narvarte. Hay una clase media que no se conforma con el *hype* y eso, para mí, se siente refrescante.

Aún no me la peino toda, desde luego, pero ya me acerqué a cafeterías y panaderías que, de tan pobladas, parecieran pintadas con la brocha de Elena Reygadas. Hay restaurantes y fondas de nueva propuesta y están también los de siempre. Excelentes tacos de guisado

y puestos de tortas por aquí y por allá que alimentan a la raza que trabaja entre Insurgentes, División del Norte y Avenida Universidad.

Figuran también bastiones como el barrio de Tlacoquemécatl con todas sus joyitas y el mercado de Lázaro Cárdenas —uno de los secretos mejor guardados de la zona—, con sus barbacoas y sus comidas corridas; sus mariscos (el local número 450 ostenta el nombre El Paso de las Mujeres Bellas y lleva más de 50 años operando). Bajita la mano, se le adjudican nombres como la Fonda Margarita, los Chamorros de Tlaco, Los Picudos (hoy los Auténticos Exquisitos), Las Polas, El Rey de las Ahogadas, Tizne Tacomatora, El Hostal de los Quesos, Alay Alay, Blossom, Suntory, Deigo, Julius Pizza y una lista bien nutrida de buenos changarros. Buenos de verdad.

No será la última vez que escriba de la Del Valle en los próximos meses. Lo prometo. Y es que traigo unas ganas brutales de caminar toda la colonia y de ir descubriendo las gemas escondidas. Escribir de ello con el pecho inflado. Cabe la posibilidad de que la colonia reciba —más temprano que tarde— nuevas propuestas de gente que vea en la zona terreno más fértil y rentas más razonables que las vecinas Condesa y Roma. Habrá que ver cómo evoluciona la zona mientras eso pasa. Y seguimos mutando —ustedes y yo— junto a la ciudad que nos ve crecer.



REPENSEMOS EL MUNDO

GINA JARAMILLO

IG: @GINJARAMILLO

En la tierra de en medio

Comitán, Chiapas, es el lugar donde crecí. Tierra maya que huele a juncia (planta medicinal y olorosa, sobre todo su rizoma, que abunda en sitios húmedos) y que, afortunadamente, los turistas no han descubierto. Digo afortunadamente porque eso la mantiene cercana, real: mi pequeña ciudad, mi refugio personal. Pero, sobre todo, es el lugar de mi mamá —la selva de sus secretos y sus afectos más profundos— y es también el terruño de Rosario Castellanos y de las mujeres de mi linaje.

Me gusta llamarle “la tierra de en medio”, como el poema de Castellanos, porque Comitán es ese espacio de ensueño al que regreso cada que tengo oportunidad, y el que exploré cada verano de mi infancia, ya que Coco —mi madre— puso especial empeño en eso, cada vez que podía nos invitaba a conocer un poco de su historia y su cultura, aprendí a comer pitaúles (tamal de frijol), pan compuesto y butifarra.

¡Mi Chiapas querido! Tierra maya, lacondona, chamula, tierra verde de dioses, de valientes, de lagos de colores, de cascadas infinitas y marimbas alegres.

Estuve ahí hace poco con mi familia y fue la primera vez en 40 años que no ha estado mi mamá. Sentí un vacío constante, la extrañé en cada momento, le llamé tres veces al día con miles de dudas:

—Mami, ¿cómo se llama la señora que vende chayotes hervidos cerca de los lagos?

—Má, ¿recomiendas ir a Sancriis o vamos directo a Ocosingo?

—Má, mami, mamá...

Coquito, ¡pobre mujer! llevo toda una vida intenseándola, pero es que su voz me tranquiliza y su acento chiapaneco me da paz.

Y ahí estaba yo, entre Montebello y Margaritas buscando señal para marcarle para agradecerle esas visitas a la casa de la abuela y por haberme regalado una mágica infancia. Cada llamada o mensaje era un pretexto para recordarle cuánto la amo y regresar a nuestro origen, ese lugar tan especial que tiene su hogar en mi corazón.

En *Los adioses*, Rosario Castellanos escribió: “Para aprender a irnos, caminamos. Fuimos dejando atrás las colinas, los valles, los verdeantes prados. Miramos su hermosura pero no nos quedamos”.

Gracias mami.

Chilango